

# El Santo Credo Apostólico

Breve análisis a la luz de la Biblia  
por el pastor Rolando de los Ríos,  
director y orador del programa de radio Revelación.

## Lección 15

### Esperanza más allá de la tumba

Al fin hemos llegado al final de nuestro estudio sobre el Credo Apostólico. Ha sido interesante descubrir como cada parte del Credo encuentra en las Sagradas Escrituras su verdadera dimensión. El análisis de hoy tiene que ver con el futuro de la iglesia... con tu futuro.

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de santa María virgen. Padeció bajo Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo y está a la diestra de Dios Padre; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo. Creo en la santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y la vida perdurable, amén.”

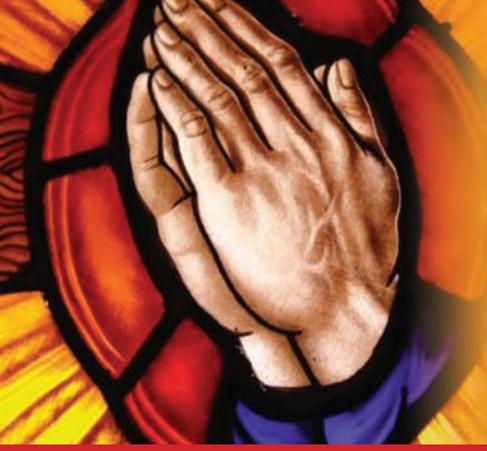
Si la vida del ser humano terminara en la tumba, seríamos dignos de lástima. A cambio de unos pocos momentos de placer y alegría, vivimos toda una vida en esta tierra rodeados de sufrimiento, dolor, desengaños, traición, intriga, enfermedad y finalmente, la muerte. ¿Qué hay más allá? ¿Acabará todo cuando muramos?

Fuimos creados para vivir eternamente. La muerte no es originalmente natural, de otra manera, la esperaríamos con gozo como una etapa más de la existencia. Es que la muerte es un compás de espera en el pentagrama de la vida. A causa del pecado, el plan divino fue afectado y tenemos que afrontar la desagradable experiencia de un vida limitada. Es más, hasta vemos la muerte como una macabra aliada que llega para dar descanso al enfermo terminal, al que sufre sin consuelo. Pero la realidad es que la muerte es un intruso en el plan de Dios. Fuimos creados para vivir, y vivir para siempre.

La presencia humana de Dios en la tierra tuvo como propósito crear un puente entre dos eternidades tendiendo un nexo sobre el horrible abismo del pecado. Este creó una separación entre Dios y el hombre y era necesario que un Dios-hombre apareciera en la palestra a pelear la batalla, a ganar la victoria. El Hijo de Dios es nuestro mediador, abogado, intercesor. No otro. “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” (1 Timoteo 2: 5).

Jesucristo tenía que morir para pagar la deuda del hombre. Pero hay algo más. Con su muerte demostró hasta dónde fue Dios capaz de llegar para rescatar esa parte de su creación que se había afectado. La muerte de Cristo fue la más grande demostración de amor. El romance por excelencia. “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna.” (Juan 3: 16). Si alguien desprestigió el carácter divino ante el Universo, era necesario que otro lo reivindicara. En el sacrificio de la cruz quedó expuesto, a todo el Universo, para siempre, el amor infinito en todas sus dimensiones. ¡Dios es Amor!

Por su muerte, Jesucristo cerró el pasado; por su resurrección, nos abrió el futuro. Si me preguntaras por qué creo en la resurrección de la carne, te respondería que la más grande razón es que la arqueología no ha descubierto jamás un hueso de Cristo en esta tierra. Dejé la tumba vacía y se llevó todos sus huesos al cielo. Después de su resurrección, le mostró a sus discípulos sus manos y sus pies y



# El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia  
por el pastor Rolando de los Ríos,  
director y orador del programa de radio Revelación.**

les dijo que él no era un fantasma. “un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.” (Lucas 24: 39). Te contestaría que creo en la resurrección de la carne porque creo en un Dios Todopoderoso capaz de crear todo lo que existe y que, como tal, puede volver a crear lo que él desee. Es que, en realidad, la resurrección es una nueva creación. Dios no necesitará nuestros huesos artríticos y reumáticos para hacernos de nuevo.

La resurrección de Cristo es una garantía de que los que en él creen, también resucitarán. La Biblia está llena de esa verdad esperanzadora. San Pablo lo garantizó cuando escribió: “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.” (1 Tesalonicenses 4: 14). No es posible creer en la resurrección de Jesucristo sin creer también en la resurrección de sus fieles que hoy duermen el sueño de la muerte.

Pronto, según las Sagradas Escrituras indican, Jesucristo volverá a esta tierra para cumplir su palabra empeñada con su iglesia. El nos prometió que todos los que creemos en él, no pereceremos para siempre sino que viviremos con él la vida eterna. Si crees en su divina palabra, no importa si debas descansar en el sueño de la muerte. Cristo prometió que te despertará de tu sueño y comenzarás a vivir la eternidad, no con el cuerpo lleno de enfermedades y dolores que poseas sino con un cuerpo nuevo que Dios mismo te dará. Porque es necesario vivir la eternidad con un cuerpo. Nunca la Biblia ha enseñado que pasaremos la eternidad como espíritus o fantasmas. Es por eso que creemos en la “resurrección de la carne”. Cuando el ser humano muere, deja de ser, deja de existir. Solamente Dios guarda lo que podríamos llamar, su “ID”, su identificación personal. El carácter que ha sido edificado en esta vida mediante la gracia de Cristo Jesús y también de nuestra entrega diaria a él por medio de nuestra voluntad, es lo único que de este mundo llevaremos al venidero. También creemos en “la vida perdurable”. El ser humano tiene hambre de eternidad. Para ella fuimos creados. Pronto llegará el día cuando ya no tendremos que llorar más; cuando el dolor, la enfermedad y la muerte serán cosas de un pasado no recordable. “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.” (Apocalipsis 21: 1 – 5).

Hoy, al final de este estudio sobre el Credo Apostólico, te invito a aceptar una vez más a Jesucristo como el único Hijo de Dios y nuestro Salvador. Además, te invito a que hagas de él tu Señor y tu Dios, que le entregues las riendas de tu vida para que él te guíe a toda su Verdad, y cuando él venga en las nubes de los cielos, puedas vivir para siempre con tu Señor. Allí también vivirás con tus amados que hayan aceptado la salvación que Cristo les ofrece, ¡para siempre! Ya yo hice mi decisión por Cristo... ¿y tú? Nuestro Señor Jesucristo te espera con sus brazos abiertos. Todo lo que tienes que hacer es decirle: “Señor, te acepto ahora mismo como mi único Salvador. Te ruego que perdones todos mis pecados que he cometido y deseo que me uses en tu servicio en bien de los demás. Gracias por garantizarme, con tu muerte y tu resurrección, la vida eterna.”

Si este estudio le ha resultado interesante y útil para comprender más esta verdad,  
nos gustaría recibir su comentario. Hágalo pulsando aquí. Gracias.